

¿POR QUÉ SOR PATROCINIO?
LA ELECCIÓN DEL SUJETO BIOGRÁFICO
COMO EXÉGESIS DE LA BIOGRAFÍA
(O, DIME SOBRE QUIÉN ESCRIBES
Y TE DIRÉ QUÉ TE PROPONES)

*Why Sor Patrocinio?
The Choice of the Biographical Subject
as an Exegesis of the Biography
(Or, Tell me Who You Write About
and I'll Tell You What You Aim For)*

Macarena J. NARANJO*
Universidad de Málaga

Resumen

En el siguiente artículo se discuten las posibles razones que llevaron a Benjamín Jarnés a elegir, como objeto de su primera incursión biográfica, a la controvertida religiosa del siglo XIX español: sor Patrocinio, *la Monja de las Llagas*. Nuestro objetivo es doble: una vez probada la responsabilidad de Jarnés en la elección, se examinará la *prehistoria* literaria del aragonés, a fin de demostrar cómo la *monja* no es elemento exótico en su producción, sino que los vectores temáticos que estructuraron su existencia encajan en la cosmovisión jarnesiana. Por otro lado, estudiando la efectiva concreción del discurso, comprobaremos cómo la elección del sujeto biográfico respondía a una particular concepción del género y a una fructífera hermenéutica del proceso biográfico, que, nutriéndose de las intuiciones de Ortega y Gasset y de las vehemencias intelectuales de Jarnés, enriquecen las ortodoxas definiciones del mismo.

Palabras clave: elección, interpretación, «nueva biografía», sujeto, vocación

* Miembro del Grupo de investigación «Literaturas contemporáneas en el ámbito europeo» (PAI: HUM-858) de la Universidad de Málaga. Este artículo forma parte de mi tesis doctoral: «Reinos por conquistar. La “nueva biografía” en España: Benjamín Jarnés y Eduardo de Ontañón». Correo electrónico: polarismi@gmail.com. Fecha de recepción del artículo: 23 de diciembre de 2010. Fecha de aceptación y versión final: 28 de marzo de 2011.

Abstract

In the following article, we discuss the possible reasons which would have led Benjamín Jarnés to settle his first biography on the controversial nineteenth-century Spanish conceptionist: *Sor Patrocinio*. Our goal is twofold: on one hand, once we have probed Jarnés' responsibility for the choice, we will examine the author's literary *prehistory*, in order to show that the *nun* is not an exotic element in his intellectual output, but that the thematic lines which structured her life fit into Jarnés' worldview. On the other hand, studying the biography itself, we will demonstrate that the choice of the biographical subject responds to a certain conception of gender and to an hermeneutics of the biographical process, which, drawing on Ortega's insights and on Jarnés' intellectual vehemence, come to enrich the orthodox definition of the gender.

Key words: choice, interpretation, new biography, subject, calling

0. INTRODUCCIÓN

Este libro, que podría llamarse tal vez Diario profesional, quiere a veces ser etopeya; otras, lección sencilla, no pocas —e involuntariamente— resulta un doble apunte autobiográfico. Si el autor es leal consigo mismo, ¿qué libro no contendrá un poco de tímida o franca biografía? Mucho más, cuando en el libro se intenta describir algo.¹

Un novelista, metido en faenas de biógrafo, «en busca de» un personaje. Una miriada de figuras decimonónicas susceptibles de elección. Las sensibilidades son, a primera vista, radicalmente opuestas. Desde algún montículo de El Escorial, se pudo proporcionar alguna pista, suministrar un señuelo meditativo, sugerir una empatía metonímica. También en la tertulia, Antonio Espina o Fernando Vela, o el otro Antonio (Marichalar), alimentaron una hipótesis, quizá maquillaron con metáforas una recomendación. Pero, como bien decía el solícito Fernández Almagro en su «Nómina»,² el novelista Benjamín Jarnés era el único en el grupo —la estupenda promoción conocida como el «arte nuevo»— que disponía de *biografía*. Desde ella, y a través de ella, ratificó su decisión. Eligió como tema de su primera incursión en lo biográfico la vida de Sor María Rafaela de los Dolores y Patrocinio: *la Monja de las Llagas*.

1. B. Jarnés, *Libro de Esther*, Barcelona, José Janés Editor, 1948, p. 5 (en cursiva en el original).

2. M. Fernández Almagro, «Nómina incompleta de la joven literatura», *Verso y Prosa*, 1 (enero de 1927), p. 1.

Afortunadamente, la «nueva biografía» cultivada en territorio español está recibiendo en los últimos años una sólida atención crítica, curiosidad intelectual y esperanzadora diligencia editorial. Las magníficas monografías del profesor Enrique Serrano Asenjo y del investigador Manuel Pulido Mendoza son un prodigio de rastreo hemerográfico, perspicacia exegética y voluntad de síntesis, en honesto cultivo de las virtudes que se habían propuesto los *nuevos* biógrafos.³ Sus trabajos, precedidos y continuados por otras aproximaciones críticas, permite completar el trazado de las rutas de percepción y asimilación de la moda biográfica europea en nuestro sistema literario, desde el terminar de la tercera década del siglo xx hasta la guerra fratricida. La perspectiva predominante en las investigaciones ha sido de conjunto; primer paso necesario que, sin embargo, ahora reclama minuciosos estudios analíticos de un buen puñado de biografías, examinadas como unidades en sí mismas, que rectifiquen algunas de las observaciones generales del marco, o añadan nuevas líneas que lo reinterpreten.

La historia *externa* de la «nueva biografía» en España es, entonces, bien conocida. Se ha relatado desde epistemes y convicciones estilísticas divergentes, pero invariable en la nuez anecdótica: en el año de 1929, se hace pública y oficial su acta de nacimiento, a partir de la creación de la colección «Vidas españolas del siglo xix», y la consiguiente aparición de los primeros volúmenes (cuatro títulos en el primer año de vida).⁴ El filósofo español José Ortega y Gasset, que, desde temprano y por otras vías, ya se había interesado por el misterio de la vida humana —con su inevitable caudal de destino, carácter y sus gotas de fenomenología azarosa; con su *yo* y su ínsita *circunstancia*—, ejerce de ministro de ceremonias. Comparecen como padrinos el plantel novelístico que colaboraba en *Revista de Occidente*, atribulado por la búsqueda de la fórmula autorreferencial que abriese las puertas hispánicas a la modernidad narrativa; casi siempre, avergonzado

3. E. Serrano Asenjo, *Vidas oblicuas: Aspectos teóricos de la «nueva biografía» en España (1928-1936)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000. M. Pulido Mendoza, *Plutarco de moda. La biografía moderna en España (1900-1950)*, Mérida, Editorial Regional de Extremadura / Universidad de Extremadura, 2009.

4. A partir del volumen 11, con la publicación de *Bolívar, el Libertador*, de José María Salaverría, el título de la colección trocaría a «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo xix». José López Prudencio comenta en las páginas de *ABC* las repercusiones del viraje onomástico: «Crítica y noticias de libros», *ABC*, 12 de diciembre de 1930, p. 13. Con carácter general, se aplaudió la ampliación geográfica. El criterio nacionalista había sido subrayado por J. Torres Bodet: «Vidas españolas del siglo xix», *Revista de Occidente*, 80 (febrero de 1930), pp. 281-293.

por su *aparente* mediocridad, escudriñando entre los guijarros del camino aquel *espejo* propio que alumbrara la «novela nueva». De «novelistas» — los *nuevos* de los *nuevos*— pasan a incipientes «biógrafos». Tocaba hacer biografías.⁵

Las respuestas, sin el sostén que ofrece una tradición sólida, sin el hábito de mirar en la oscuridad del prójimo y volver con un tesoro animado bajo el brazo,⁶ serán irregulares, muy variadas tanto en la intención que animaba los proyectos, como en la formalización de los mismos. Cada uno respondió como pudo y supo, disponiendo de su utillaje de novelista o inquilino del «arte nuevo», volcando en los folios más o menos dosis de intuición y caudal historiográfico, y midiendo mucho el número de metáforas por página.

La primera biografía de Benjamín Jarnés,⁷ *Sor Patrocinio, la monja de las llagas*,⁸ segundo número de la colección de *vidas* patrocinada por Ortega, la dedicó el aragonés a profundizar en la intimidad de una de las figuras más turbias y controvertidas, marmoleñas y abstractas del ruedo ibérico decimonónico. Los acercamientos críticos a la biografía han

-
5. Cf. F. M. Soguero García, «Los narradores de vanguardia como renovadores del género biográfico: aproximación a la biografía vanguardista», en *Hacia la novela nueva. Essays on the Spanish Avant-Garde Novel*, F. Lough (ed.), Berna, Peter Lang, 2000, pp. 199-217. G. Pérez Firmat, «La biografía vanguardista», en *Prosa hispánica de vanguardia*, F. Burgos (ed.), Madrid, Orígenes, 1986, pp. 181-189.
 6. Precisamente es una de las necesidades que detecta Ortega en el capital simbólico de los españoles: la falta de porosidad ante el prójimo. Un estímulo más para dar salida a la colección de *vidas* españolas: «Cada cual se halla efectivamente surto en su centro vital y es inútil esperar aventuradas navegaciones por lo humano en torno de él. Los prójimos nunca son personalizados del todo: quedan siendo un poco cosas [...] el compatriota no se enteraría ni siquiera de los datos más patentes que constituyen el esqueleto de la biografía ajena», en J. Ortega y Gasset, *Obras Completas. Tomo V. 1932/1940*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2006, p. 92.
 7. «Amigo de los viejos, los ha ido dejando elegantemente, detrás de sí, con ninguna protesta de ellos. Amigo de los jóvenes, se ha ido poniendo delante, sutilmente, con ninguna protesta de ellos. [...] Su política: la cordialidad. Su agresión: el talento. Su defensa: la modestia. Vino de la provincia más provincia de España: Zaragoza. Vino de ser clérigo a Madrid. Pero Madrid le invistió pronto de alta dignidad. Hoy es ya un joven jerarca». Son palabras que Giménez Caballero escribió en la convocatoria del banquete obsequiado en 1929 a Jarnés, y que eran compartidas por la mayoría de sus contemporáneos. Han sido recogidas en B. Jarnés, *Autobiografía*, I. M. Gil (ed.), Cuadernos Jarnesianos 1, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, p. 15.
 8. Madrid, Espasa-Calpe, 1929. Se citará por esta edición y, cuando así lo requiera, en cuerpo de texto como «*Sor*».

venido mayoritariamente motivados por el empeño en una fiel descripción del sistema novelístico jarnesiano, y no por el valor intrínseco de la obra. Apenas sí se ha reparado en la «Nota preliminar» que antecede a la diégesis,⁹ pieza sustancial en toda empresa biográfica, no ya en la jarnesiana, sino en la española.¹⁰ Con este artículo nos proponemos contribuir a la definición y análisis de lo que fue, *de facto*, la nueva biografía desarrollada por uno de nuestros prosistas del «arte nuevo». Para ello, nos hemos propuesto proceder con el texto de Jarnés, desde su mismo título, a la inversa: en lugar del discurso como respuesta, a partir del cual construimos un sistema lógico que lo explique, lo utilizaremos como pregunta. ¿Por qué «sor Patrocinio» como sujeto biográfico, por qué convertirla en heroína de nuestra historia *literaria*? Iremos, entonces, hacia atrás, penetrando sutilmente en la prehistoria de la construcción biográfica, tratando de dilucidar las razones que llevaron al intelectual a seleccionar a la monja milagrera como objeto de la iniciática empresa. A través de este repliegue, conociendo los factores que entraron en juego, las potenciales intenciones que bulleron en la mente de Jarnés al concretar su aventura, estaremos en mejores condiciones para determinar *qué* se proponía el aragonés con esta biografía y con su protagonista, y estimar en qué grado lo consiguió. Acaso así lleguemos a una redefinición de la biografía —efectivamente ejecutada por algunos de los nuestros— que enriquezca las usuales descripciones ortodoxas del género.

1. LOS ESCRÚPULOS DEL MODERNO LECTOR

A todo lo que me es, o me ha sido simpático en la vida, por su simpatía y por alguna clase de nobleza sobre las inmensas multitudes ignaras e innobles —nos escribía una vez Ramón—, me es grato consagrarlo en el transplante de las novelas. Procuero hacer cierta justicia [...]»¹¹

-
9. Excepciones a este aserto son las páginas, no muy extensas, contenidas en los volúmenes de Serrano Asenjo y Pulido Mendoza. Aunque no pormenorizadamente, también hay que consignar para esta cuestión otro de los artículos del profesor Serrano Asenjo: «Las otras vidas de Benjamín Jarnés», en *Ínsula*, «Retornos y pasajes de Benjamín Jarnés», núm. 673 (enero de 2003), pp. 16-17.
 10. Y esto por el buen puñado de reflexiones metabiográficas que contiene, en un país extraño a los discursos de *vidas*. Además, a través del prefacio, Jarnés conectará los retoños de la lozana biografía española con la «new biography» europea, estableciendo un diálogo metacrítico con el volumen de André Maurois, *Aspects de la biographie* (1928), utilizado como falsilla del prólogo jarnesiano.
 11. B. Jarnés, «Vidas oblicuas», *Revista de Occidente*, 77 (noviembre de 1929), p. 253.

Uno de los primeros escrúpulos que se despiertan en el lector coetáneo al ojear la biografía de Benjamín Jarnés es la elección del sujeto biográfico. Si bien es cierto que los criterios espaciales, pero sobre todo los temporales, venían marcados de antemano,¹² y que el autor cumplía un encargo editorial, al que no podía o no sabía resistirse,¹³ ¿qué se hizo de aquel gustador de la vida, apasionado de la curva sensitiva, para perseguir las acumulativas andanzas de una religiosa del siglo XIX, envuelta en farragosas tramas de poder, vapuleada por folletinescas circunstancias? ¿qué se hizo del voluptuoso Jarnés, nunca tímido ante las aristas de la carne, para biografiar la vida de una mujer empeñada en no serlo, sino en sangrar por llagas de dudosa génesis, martirizarse con castigos físicos, recluirse en muros que la alejaban de cualquier fulgor vital? ¿dónde quedó, entonces, la *armonía* y la *gracia* jarnesianas ante una existencia de jergón y celda, cuando no de decreto y camarilla?

Para aquel mínimamente familiarizado con la sensibilidad artística de Jarnés y su pujanza por la vida plena,¹⁴ la monja se alza como símbolo axiológico antinómico. Emblema y síntoma de una España grotesca, en ella, es difícil, a primera vista, reconocer el eterno femenino —proteico, multiforme, estímulo y acicate para la reflexión y para el disfrute sensitivo— que actualiza el escritor en la mayoría de sus figuras hembras.¹⁵

-
12. Las limitaciones de la colección son comentados por J. Torres Bodet, *art. cit.* Ana Rodríguez Fischer —en un brillante texto que, sobresalientemente, inauguró este campo de investigación— explica los vectores espaciales y cronológicos como *necesidades* que Ortega había evidenciado en la historia metafísica del pueblo español. Serían, entonces, postulados de la cosmovisión y magisterio orteguianos: «Un proyecto de Ortega y Gasset: la colección *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*», *Scriptura*, 6-7, 1991, pp. 133-144.
 13. Ildefonso-Manuel Gil, ferviente amigo de Jarnés, rehabilitador de su palabra y su presencia en la trayectoria cultural española, insiste en esta circunstancia en la presentación a su edición de *Sor Patrocinio. La monja de las llagas*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1993, p. 15.
 14. «Arte y vida», acortada prescripción del orbe jarnesiano. «Arte y vida» encabeza la monografía de una de las principales estudiosas de Jarnés, Emilia de Zuleta: *Arte y vida en la obra de Benjamín Jarnés*, Madrid, Gredos, 1977.
 15. No obstante, como sucede en sus ficciones novelescas, también la mujer sor Patrocinio enseñará una lección de vida al varón-biógrafo; una lección vacía, que únicamente se rellenará con el programa íntimo de cada cual. La disciplina, entonces, no se concretaría en «el triunfo de la carne y la espontaneidad sobre la muerte y lo estéril», expresión que resume para José-Carlos Mainer las enseñanzas de los personajes femeninos en la narrativa jarnesiana. Lo explica en «Creación y teoría literaria en Benjamín Jarnés», *Jornadas Jarnesianas*, Zaragoza, IFC, 1986, p. 116.

No tiene la gracia de Eufrosina, ni la encantadora, mundana seducción de Viviana, ni el apetito por lo «pluscuampresente» de su Valquiria. La Monja de las Llagas parece funcionar como inversión del patrón femenino jarnesiano por excelencia. Tampoco la vertiente creadora, generadora de mundos y *modos* posibles, acercaba a ambos contendientes. Trató el aragonés de apresarla por este lado, pero se le escapó indiferente por un devoto volumen de alabanzas a la Virgen. No tuvo la monja el apremio de la sabiduría reproductiva, ni el de la edificación imaginativa. Nunca llevó un diario, ni se describieron minuciosamente los abismos de su interioridad, al modo de Benjamin Constant, del que había hablado con entusiasmo Jarnés, y que justificaría su decisión.¹⁶ Y, entonces, repetimos, ¿qué se hizo del sagaz estilista y brillante crítico del siglo xx para ir a parar a una de las figuras más controvertidas del XIX?

2. LAS CULPAS DE ORTEGA

(Y aquí asoma —como asomó y asomará tantas veces— mi excepcional e inquebrantable devoción hacia las ideas y hacia la persona del maestro José Ortega y Gasset)¹⁷

Una respuesta que nos haría esquivar el escollo de las sospechas y del que-hacer hipotético sería atribuir la responsabilidad de la elección al que ideó la colección de *vidas*: José Ortega y Gasset. Entrando en liza esta alternativa, solo nos restaría decir —como dice Rosa Chacel, aunque no siempre lo diga así— que el culpable, en la criba de los protagonistas y en la designación de los *auctores*, fue el filósofo. A él habría que pedirle cuentas de una «sor Patrocinio» o un «Luis Candelas» trocados en *héroes* de nuestra historia y de nuestra reciente tradición biográfica, dejando a Jarnés limpio

16. «Y seguir la línea de uno de esos espíritus insatisfechos es asistir al más delicioso —y angustioso— espectáculo», escribía Jarnés refiriéndose a Constant y a su *Diario íntimo*, ejes vertebradores de una sustanciosa teoría de la vida y de su máximo protagonista. La cita procede de su artículo «Sobre una intimidad», consultado en B. Jarnés, *Obra crítica*, D. Ródenas de Moya (ed.), Zaragoza, IFC, 2001, p. 378.

17. B. Jarnés, «Años de aprendizaje y alegría (Nota autobiográfica)». Desde una distancia no exenta de ternura, escribió estos breves apuntes memorialísticos que antepuso, como introducción, a la edición de 1930 de *Viviana y Merlín*, y que constituyen acaso la más opípara semblanza del autor. Se han consultado en *Autobiografía*, p. 11. Recientemente, Rafael Conte los ha vuelto a recoger, reproduciéndolos como «Apéndice 1» en su edición de *Viviana y Merlín*, Madrid, Cátedra, pp. 249-258. Esta edición de *Viviana y Merlín* es la empleada en nuestras páginas.

de mácula. Este no hacía más que cumplir órdenes pedagógico-narrativas. Eso es todo. Tomando al pie de la letra la siguiente declaración de la escritora vallisoletana no hay duda de sobre quién ha de recaer la condena: es Ortega el que reparte, como una baraja de cartas, las diferentes «almas» decimonónicas entre sus más afines colaboradores.

La colección «Vidas extraordinarias del siglo XIX» [*sic*], comenzada en el 28 de octubre, creo, era ya una empresa que marchaba por el camino real. Ortega, como el maestro que hace una señal con lápiz en el libro y ordena a los párvulos rebeldes: «¡Mañana, desde aquí hasta aquí!», nos dio de tarea a cada uno un alma. Algunas resultaron espléndidas: la de *El duque de Osuna*, de Antonio Marichalar, la de *Luis Candelas*, de Antonio Espina, por ejemplo.¹⁸

Son varios los lugares de su bibliografía donde Rosa Chacel rememora los porqués que llevaron a los prosistas de ficción y sombra a mirar de frente al hombre y abonarse a las crónicas vitales, ensayando una interpretación del suceso.¹⁹ En su *ritornello* a este topos de la memoria, insistirá siempre Chacel en la intervención del filósofo al asignar los personajes a aquellos autores que consideraba hábiles para la reconstrucción.²⁰ Su testimonio es importante, pues, amén de ser protagonista en la aventura de modernización de las estructuras artísticas, y fiel discípula de las lecciones ético-estéticas del filósofo,²¹ intervino directamente en las *vidas*. A ella se le «propuso», de acuerdo con su propio testimonio, biografar a una figura, secundaria en la galería decimonónica, pero extremadamente sugerente: Teresa Mancha, la amante de José de Espronceda.²² Además, nos ayuda

18. «Respuesta a Ortega: La novela no escrita», en Chacel, *Obra completa. III. Artículos. I.*, A. Rodríguez Fischer (ed.), Excma. Diputación Provincial de Valladolid, 1993, p. 391. El error en el apelativo de la colección, confundiendo las dos colecciones biográficas de Espasa-Calpe («Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX» con «Vidas extraordinarias») ha sido enmendado por cuantos se han acercado a las palabras de Chacel.

19. Serrano Asenjo dedica un capítulo, «Recuerdos de Rosa Chacel y una colección de vidas», a aclarar la percepción y la participación de la escritora en la iniciativa orteguiana, *op. cit.*, pp. 107-115.

20. R. Chacel: «Ortega señaló con el dedo y dijo: Éste, éste, éste, éste... Nosotros obedecemos; la responsabilidad de la elección era de Ortega», en *La lectura es secreto*, A. Rodríguez Fischer (ed.), Madrid, Júcar, 1989, p. 175.

21. Como sistemática puesta en práctica del programa orteguiano explica Chacel la concepción de su primer libro, *Estación ida y vuelta* (1930). Véase «Respuesta a Ortega: La novela no escrita», p. 375.

22. «A principios del 1930 me propuso Ortega la biografía de Teresa Mancha para la colección de Calpe «Vidas extraordinarias del siglo XIX» [*sic*], y me dijo que procurase tener el primer capítulo para el número de homenaje al Romanticismo, que haría la *Revista*», en «Respuesta a Ortega: La novela no escrita», p. 382. Por mor de diferentes proyectos

a dibujar la crónica vital de este momento, dando cuenta del cambio de óptica y del radical ideal pedagógico que movió la empresa orteguiana: «En aquel momento estaban en boga las biografías noveladas pero los españoles no solo no teníamos fe en nuestra propia vida, sino que ni siquiera creíamos tener héroes dignos de perdurar».²³

Sin embargo, aún admitiendo lo sabroso de estas notas autobiográficas, consideramos que no han de interpretarse sus desahogos de la memoria al pie de la letra. Los estudiosos que se han acercado a las mismas han subrayado las abundantes contradicciones en las que cae la escritora, así como los datos equívocos que suministra, oscilando entre los hechos desnudos y la percepción que de ellos tuvo la autora.²⁴ Por otra parte, Chacel, por años y por su particular dinámica vital, tiene en la *Revista* en estos momentos un espacio simbólico, una posición y un nombre no equiparables a los de otros colaboradores, como Antonio Espina o el propio Jarnés, por lo que sería una equivocación traducir su experiencia personal en un indistinto atributo colectivo. Afortunadamente, contamos con otros testimonios que desdibujan las certezas confesionales de la vallisoletana, y que mueven el vector de la responsabilidad desde Ortega hacia los propios narradores.

Principalmente, queremos convocar a estas páginas las declaraciones de Antonio Marichalar, cuyo perfil intelectual y el prestigio de casta alcanzado, avalado por la suficiencia teórica y la perspicacia hermenéutica que despliega en sus numerosas notas críticas, son similares a los jarnesianos. Repárese en el prólogo que dispuso, en 1959, a la tercera edición de su biografía *Riesgo y ventura del duque de Osuna*. Ahí dice el genial buzo de alturas: «Me *pidieron* una figura del siglo XIX y *elegí* la de Osuna. No era fácil empresa. De Osuna apenas queda huella» (cursivas nuestras).²⁵ *Se pide*

personales y el consecuente retraso en la entrega, pero sobre todo, por la rebelión militar del 36, el volumen no se editaría en la citada colección, aunque se publicaría el primer capítulo en el 1929: *Revista de Occidente*, 77 (noviembre 1929), pp. 223-243. Véase el análisis que efectuó Raquel Asún sobre esta biografía: «Teresa o el personaje sin historia», *Anthropos. Boletín de información y documentación*, 85 (1988), pp. 47-49.

23. *La lectura es secreto*, p. 175.

24. Significativamente en los nombres que utiliza y en la definición ontológica de los diferentes proyectos narrativos («biografía», «novela», «biografía novelada»...). Las incongruencias en las evocaciones de la vallisoletana han sido puestas de manifiesto por E. Serrano Asenjo, bosquejando una explicación de las mismas, *op. cit.*, pp. 110-113.

25. «El pródigo prodigioso (Prólogo)», en *Riesgo y ventura del duque de Osuna*, Madrid, Espasa Calpe, 1959, p. 10. Originalmente, fue la quinta entrega de la colección «Vidas españolas...»: Madrid, Espasa-Calpe, 1930.

una figura, sujeta a restricciones espacio-temporales eso sí, pero desprovista de nómina social o prosapia linajuda. Se *solicita*, a los más estrechos articulistas —quienes elegían, asimismo, los autores y las producciones merecedoras de malabarismos especulativos, sin ninguna proscripción jerárquica— una colaboración, no solventar una colección de cromos. Esta alternativa, la de la elección personal, es más plausible que aconteciese con Jarnés, y, sobre todo, más del *método*-Ortega: propia de la dialéctica que gustaba de practicar con sus coetáneos, del margen intelectual que existía en la Redacción de la *Revista* para discutir lecciones de España. La participación en la empresa del conde Romanones —al que Ortega, es sabido, profesaba muy poca simpatía— ilustra a las claras el vestido de manga ancha que lució el equipo editorial para la colección de *vidas*. Pero es más, el aristócrata Romanones nos confirma que fue él —¡no faltaba más!— el que decidió los derroteros existenciales de su biografía: «Animado por el éxito obtenido por *Sagasta*, y cuando Calpe me invitó a que escribiera otra biografía, elegí, sin dudar, la de la Regente de España, dándome cuenta de todas las dificultades que ofrecía, pero también de todas las ventajas».²⁶ De ahí que podamos concluir afirmando que el rol del filósofo estuvo en la puesta en marcha de la serie (nombre, presupuestos, contenidos); la protección y difusión dispensada a la misma desde la prolífica plataforma de *Revista de Occidente*; y, además, la designación de un secretario, Melchor Fernández Almagro, encargado de la dirección de la colección (última revisión de propuestas, contacto con los autores...) ²⁷ Aquellos novelistas, con reconocida tradición y peso específico en la *Revista*, escogerían según sus preferencias, dentro de las limitaciones de la colección.²⁸

Estas conclusiones invalidan, por tanto, la interpelación a Ortega, y la dirigen directamente a Jarnés. El aragonés eligió sin condicionamiento externo al sujeto de su primera biografía, pese a la distancia anímica y de intenciones entre ambos. Pero es que acaso esas disonancias de las que

26. «Prólogo a la edición de mis “Obras completas”», en *Obras Completas. I*, Madrid, Editorial Plus Ultra, 1949, p. 9.

27. A. Rodríguez Fischer, *art. cit.*, p. 134.

28. Este es también el criterio de Ródenas de Moya quien, en su introducción a la reciente edición de *Riesgo y ventura del duque de Osuna*, declara: «Cuando Ortega crea, en las postrimerías de los veinte, una colección de biografías [...] las tres primeras ofertas, entre sus redactores de *Revista de Occidente*, las dirige a Benjamín Jarnés, Antonio Espina y Antonio Marichalar, a quienes pide que elijan un personaje del siglo pasado con suficiente *vis* narrativa. Marichalar elige al último duque de Osuna [...]», «Presentación», en A. Marichalar, *Riesgo y ventura del duque de Osuna*, Madrid, Ediciones Palabra, 1998, p. 9.

hablábamos, esas grandes longitudes entre estados del alma, el perfil *hostil* que ofrecía la monja a un *moderno* siglo xx, hagan más sugestiva y profunda —más *auténtica*, entonces— la aventura intelectual en la que se embarca Jarnés, el amante de las *curvas* ontológicas. Y, lo que es más importante, nos proporcionaría un perfil inédito desde el que examinar y evaluar los objetivos que se propuso en su ejercicio arqueológico. Y entonces sí, aquí sí que habría que culpar a Ortega. El «afán de comprensión», formulación léxico-semántica que enunció el filósofo como propósito de sus *Meditaciones*, pudo bullir en el alma de Jarnés²⁹ a fin de interesarse por algo que, en principio, se presentaba como ajeno, extraño, «enemigo» de su íntimo ser, ensayando así una ampliación de su individualidad, una multiplicación de los haces de su espíritu:³⁰ «Yo desconfío del amor de un hombre a su amigo o a su bandera cuando no le veo esforzarse en comprender al enemigo o a la bandera *hostil*»,³¹ sentenciaría el filósofo. Frente al hombre masa, que busca lo común, «aniquilando porciones inmensas del orbe»,³² a fin de no esforzarse en comprender, el hombre selecto no se arredra ante lo extraño: al contrario, se lanza a ello convencido. «Esta lucha con un enemigo a quien se comprende, es la verdadera tolerancia, la actitud propia de toda alma robustecida». ³³ Lo mismo diría Jarnés años más tarde, en su prefacio a *Feria del libro*: «Pero, justamente, porque solo nuestro enemigo —nuestro enemigo inteligente— podrá decirnos la verdad —nuestra verdad profunda— acerca de nosotros mismos, al enemigo debemos ir a preguntársela». ³⁴ Y aún, estrechando más el círculo referencial, como lector de biografías, también repudia el aragonés la actitud reduccionista de los que buscan, en lo idéntico a ellos, una confirmación de su ser propio:

29. Extractos de las *Meditaciones* son citados por Jarnés en una reseña elaborada para un libro de Madariaga, demostrando un cabal y profundo conocimiento del texto de Ortega: «Salvador de Madariaga: *Guía del lector del "Quijote"*», *La Gaceta Literaria*, 3 (1 de febrero de 1927), p. 4.

30. Este esfuerzo por comprender es, para Ortega, epítome y síntoma del amor puro ante la realidad. Insiste: «Las cosas no nos interesan porque no hallan en nosotros superficies favorables donde refractarse, y es menester que multipliquemos los haces de nuestro espíritu a fin de que temas innumerables lleguen a herirle», en *Meditaciones del Quijote*, J. Marías (ed.), Madrid, Cátedra, 1990, p. 50.

31. *Ibidem*.

32. *Ibidem*.

33. *Ibidem*, p. 52. Repárese que estas reflexiones no implican ninguna predisposición de ánimo —elogio/vituperio— hacia el objeto. Así Jarnés no se inclina a amar/odiar a la monja, sino a la voluntad de tratar de *verla* en claro.

34. B. Jarnés, *Feria del libro*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935, p. 12.

El turista-psicólogo prefiere, en definitiva, como el otro, hombres en *serie*, más fáciles de entender. Aun el lector de biografías no suele, en los hombres que pasaron, buscar lo excepcional, lo diferencial, sino la común línea que engarza al héroe con el lector y el autor.³⁵

No así Jarnés. No será en *Sor Patrocinio* la admiración, superposición ideológica o la simple proximidad de almas el resorte de la escritura —no a «la común línea», al trazo recto que une héroe y biógrafo—, sino algo más honesto, de máxime lealtad al objetivo primero de la biografía: explorar una construcción mítica, acaso levantada para evitar el abismo de lo excepcional, y atreverse a atisbar lo *diferencial* que ocultaba el artificio, aún a riesgo de desengaño o chasco. Ir encaminado, fatalmente, hacia la pura verdad del sujeto. A sor Patrocinio acudirá Jarnés a preguntarle la verdad de Jarnés.

3. LAS RAZONES DE JARNÉS

A costa de una biografía así, no vale la pena ser novelista.³⁶

Complementando estos aguijones intelectuales, que había suministrado Ortega a los jóvenes que *de buena fe* quisieran escucharle, hay que considerar otros factores que pudieron llevar a Jarnés a concretar su empresa biográfica en la monja. Algunas posadas, en la larga distancia que separaba a los dos, donde sus espíritus pudieron detenerse a descansar, mirándose de frente. Así, en la decisión de Jarnés revolotean determinados elementos que encajan con sus vehemencias intelectuales y su experiencia vital, y que contribuyen a explicar la designación de la monja milagrera³⁷.

3.1. Vidas de siervos

Prescindiendo de cualquier connotación, incluso desplazando el lastre genético de la ascendencia del XIX español, el primer atributo objetivo del héroe es su cualidad de *religiosa*, impreso en el común apelativo con el que se la conocía: *sor Patrocinio*.

35. *Libro de Esther*, p. 139.

36. E. Giménez Caballero, «Itinerarios jóvenes de España. Benjamín Jarnés», *La Gaceta Literaria*, 46 (15 de noviembre de 1928), p. 4.

37. «Viéndole de pronto, se le niega rotundamente su derecho a novelar la vida. [...] Pero no viéndole de pronto, sino de largo, no hay más remedio que concederle plenamente ese derecho. Quizá el único de los que militan en la joven literatura española que posee un pasado. Que tiene historia natural detrás. Experiencia», en Giménez Caballero, *art. cit.*

Precisamente, la primera vocación apócrifa de Jarnés, empujado por su humilde extracción social, fue la de clérigo.³⁸ «En la extrema pobreza, el padre los iba “colocando” como podía. El seminario, el convento, la iglesia, el campo...», resume veloz Gecé.³⁹ A Jarnés le tocó en suerte —gracias a las relaciones clericales que mantenía el padre— el seminario. Más de ocho años pasó Jarnés en el de San Carlos (Zaragoza) —de 1900 a principios de 1909—, amparado por su hermano Pedro, mayor en edad, luego párroco en Olalla hasta su muerte, que, tanto representó para el futuro escritor dechado ejemplo de entereza moral, como inflexible dómine en su intento por derretir las alas de la imaginación y anclar el corazón a un crucifijo.

Ensayó Jarnés su vida por la carrera eclesiástica, pero le faltaba vocación religiosa y le sobraba su natural hedonista. «Sepa que allí —escribe Jarnés en carta personal al crítico extremeño José López Prudencio— me trataron siempre bien y que mi salida solo obedeció a disconformidades de orden puramente ideológicas».⁴⁰ Eso sí, en sus años de seminario, Jarnés

-
38. La segunda fue la de militar, que tampoco llegó a cumplir. Apostilla Giménez Caballero: «Jarnés ha ido siempre eliminándose esas “altas ocasiones” donde se controlan los héroes. Pero aún le quedaba el heroísmo de la pluma», *art. cit.* También Francisco Ayala, en la presentación que colocó ante la reedición, en 1981, de la novela jarnesiana *Lo rojo y lo azul*, apunta: «*Lo rojo y lo azul* responde ya, desde su título, a la de Stendhal [...] Rojo y negro son, en efecto, los dos colores simbólicos del mundo juvenil jarnesiano: el negro de la clerical sotana y el rojo del uniforme militar: desde sus primeros años deberá pasar del uno al otro». La cita la extraemos de la reciente edición de la obra: *Lo rojo y lo azul*, Madrid, Salto de Página, 2010, p. 7. Curiosamente, «militar» —aunque heterodoxo—, será el biografiado en su segunda entrega biográfica: *Zumalácarregui, el caudillo romántico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1931. Tan solo le restaba entonces la del «escritor» para completar la tríada biográfico-vital jarnesiana. Llegaría en 1936: *Doble agonía de Bécquer*, Madrid, Espasa-Calpe.
39. *Art. cit.* Fue Jarnés el decimoséptimo hijo de los veinte que tuvo en total, en tres matrimonios sucesivos, su padre, Pedro Jarnés Aznar, sacristán en la localidad de Codo, y componedor de historias, romances y aleluyas populares en sus ratos de ocio. El objetivo de estas páginas excluye trazar la *biografía* jarnesiana. Para conocer los «años de aprendizaje y alegría» del autor, según personal denominación, remitimos a J. S. Bernstein, *Benjamín Jarnés*, Nueva York, Twayne Publishers, 1972; E. de Zuleta, *op. cit.*, pp. 13-26; M. Artieda y J. Montenegro, *Benjamín Jarnés: el estudiante y su entorno escolar*, Cuadernos Jarnesianos 2, Zaragoza, IFC, 1988; I. M. Gil, *Ciudades y paisajes aragoneses en la obra de Benjamín Jarnés*, Cuadernos Jarnesianos 3, Zaragoza, IFC, 1988; J. Domínguez Lasiera, «Cronología», en *Ensayo de una bibliografía jarnesiana*, Zaragoza, IFC, 1988, pp. 13-21; y, finalmente, R. Conte, «Introducción» a B. Jarnés, *Viviana y Merlín*, pp. 27-38.
40. Misiva fechada el 18 de enero de 1929, recogida en B. Jarnés, *Epistolario, 1919-1939 y Cuadernos Íntimos*, J. Gracia y D. Ródenas de Moya (eds.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2003, p. 63.

se forjó en la tradición humanística (latín, teología, filosofía) y en el conocimiento de la cultura judeocristiana.⁴¹ De aquellas aulas el autor fotografiaría su primera fauna humana, que logrará escribir, ya en Madrid, en 1924, y publicar en 1928, y hasta rescribir en 1934, antes de su segunda y definitiva edición: nos referimos a *El convidado de papel*, relato de educación sentimental de un joven seminarista que busca romper los diques de una vocación no elegida. También por entonces hubo de redactar la, hoy inexistente, novela corta *Claraval* que narraba la salida del protagonista del seminario y su confrontación con lo real mundano.⁴² De aquel prolijo laboratorio salieron, mayoritariamente, sus primeras colaboraciones, *a lo divino* —y *a lo militar*— en la prensa aragonesa conservadora y regionalista (*La Unión*; *La Crónica de Aragón*), y en semanarios católicos (*Rosa y espinas*; *El Pilar*).

Así, en estos primeros tanteos con el «espíritu de la letra» demuestra el autor haberse llevado del seminario la lección bien aprendida. Sus composiciones líricas saltan de una juvenil «Rosaleda mística» a unas augustas «Rosas del jardín eterno», florestas, todas ellas, cargadas de un redundante rosario de santas del más exótico pelaje.⁴³ No extraña, entonces, que, tras Santa Cunegunda y santa Pelagia, haya de venir un san Alejo, este sí, pasado por el filtro de la distancia y la sistemática incredulidad, o una sor Patrocinio que, sin ser santa, será toda una mártir de su siglo diecinueve.

La temática de inspiración cristiana define entonces la «prehistoria» literaria de Jarnés, como la llamó Díez Canedo,⁴⁴ pues —como demostra-

41. La Biblia, como hipotexto, los fabulosos protagonistas de sus épicas y sus arquetípicos modelos de conducta, tienen un papel destacadísimo en toda la producción jarnesiana. En *Teoría del zumbel*, novela publicada por Jarnés en 1930, el héroe se llama Saulo y sigue, en exacta actualización moderna, los desviados caminos del Saulo bíblico, cayéndose, no de un caballo, sino de un dinámico automóvil. Por lo que toca a *Sor Patrocinio*, los discursos evangélicos y los relatos pseudo hagiográficos, además de los *caminos de perfección* de nuestros célebres ascéticos españoles, funcionan en disputado diálogo intertextual con la existencia de la concepcionista.

42. Un fragmento de la misma se imprimió en el periódico ovetense *Región*. Basándose en el extracto y en algunas cartas del archivo privado de Benjamín Jarnés, Ródenas de Moya reconstruye parcialmente la historia interna y externa del texto. A él agradecemos la referencia. Véase su artículo: «Recodos del itinerario jarnesiano: *Cascabeles*, *Claraval* y “Cien por cien”», en *Ínsula*, «Retornos y pasajes de Benjamín Jarnés», núm. 673 (enero de 2003), pp. 5-8.

43. Estos datos los extraemos de Domínguez Lasierra, *op. cit.*, pp. 34-49.

44. E. Díez Canedo, «Benjamín Jarnés: *El profesor inútil*», *El Sol*, 9 de septiembre de 1926, p. 2.

ron Pérez de Ayala o Gabriel Miró— la conciencia anticlerical no habría de estar reñida con el sentimiento religioso. El autor, asimismo, nos ayuda a entender las características de estos primeros acercamientos a lo literario:

Con todo, he escrito mucho en revistas católicas, por complacer a mi pobre hermano sacerdote mosén Pedro —de quien escribí un libro, que he de rehacer—, ya fallecido (1926). Estaba siempre enfermo y nunca quise contribuir a aumentar su pesadumbre. Después de su muerte, me creo ya libre —y eso que cuento entre mis hermanos un misionero y una monja— para escribir según mi leal saber y entender.⁴⁵

Antes de su muerte, efectivamente, supo Jarnés complacerlo con el primer libro impreso, su *Mosén Pedro*,⁴⁶ el único que el párroco vería en vida. Después, ya se revolverían libres su Patrocinio, su Alejo o algún seminarista de papel, con suficiente espacio para la reconvención ante las falsillas impuestas por el colectivo clerical, para el sarcasmo ante las santidades *ex machina* construidas desde el púlpito. Él mismo se referiría a «mi irónica actitud en algunas páginas del Convidado y de San Alejo», efecto natural de los «diez años en un Seminario» que vivió en su juventud.⁴⁷

Y, no obstante, aquí queremos destacar cómo Jarnés se ejercita *ab initio* en la narración de vidas de siervos, desplegando todo su connatural abanico semántico: las entregas absolutas al dios suprasensorial, la negación de lo sensible, los desfallecimientos de la vocación, y, en fin, la aspiración

45. *Epistolario, 1919-1939 y Cuadernos Íntimos*, p. 63.

46. La obra fue galardonada con el Premio Colectivo para el fomento de las Buenas Lecturas y se imprimió dentro de la Biblioteca Patria (Madrid, 1924). No hay que olvidar el marco histórico-político de su fecha de publicación: los inicios de la dictadura de Primo de Rivera, concretados en su catolicismo y nacionalismo español. El librito ha sido recientemente reeditado con estupendos estudios introductorios de los editores: *Mosén Pedro*, O. Arechaga Gómez y J. C. Laínez (eds.), Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 2005. Magnífica noticia para conocer los albores narrativos del escritor, además de inesperado goce visual, pues incluye numerosas ilustraciones del amigo uruguayo, el pintor Rafael Barradas. Entre ellas, el retrato que le hizo al propio mosén Pedro. Las alusiones al libro se harán de acuerdo a esta edición, en cuerpo de texto como «*Mosén*».

47. *Epistolario, 1919-1939...*, p. 63. Lo que, por supuesto, fue objeto de reproche por parte de algunos contemporáneos. López Prudencio dedicó a su *Convidado* y al «San Alejo» un artículo en las páginas de *ABC*. Allí, el crítico, amén del reconocimiento a sus virtudes estilísticas y estructurales, le echa en cara una suerte de prejuicio intelectual al abordar las «falsas» vocaciones religiosas: el tomar la *parte* —excepcional, exclusiva— por el *todo*. «Jarnés no se limita a un “caso”. Aspira a diseñar el fenómeno total, en sus múltiples facetas. Este es el punto flaco. No están todas las facetas del fenómeno en el cuadro que nos ofrece. Tiene, por tanto, de falso lo que ofrece de exclusivo», en «Crítica y noticias de libros», *ABC*, 16 de enero de 1929, p. 7.

ascética a una vida que solo empezará con la muerte.⁴⁸ Principalmente, en *Mosén Pedro*, pero también en «Vida de San Alejo», se adelantan varias de las claves estructurales y semánticas que construirán la vida textual de la monja, ofreciendo un aire innegable de familia, que nos hablan del mismo autor aquejado de las mismas preguntas. De esta manera, si bien es cierto que no podemos postular que el autor conociese los repliegues existenciales de la religiosa en el momento de elegirla como objeto de su biografía, es interesante comprobar hasta qué punto algunas de las figuras jarnesianas dadas antes a la imprenta están configuradas con parecidos atributos que, pocos años más tarde, se destacarán en la concepcionista. Sobresalientemente, observemos brevemente estas dos variables: el dominio ejercido por el espíritu sobre la carne y el proyecto vital (la divina vocación) que cada cual viene a realizar.

Mosén tiene como principal motivación contar «sencillamente, sin aliffo, sin adobo» (*Mosén*, 9) la vida y carácter, marcados por una irreversible enfermedad, del hermano mayor del autor, Pedro. La obra contiene, en germen, las inquietudes discursivo-temáticas que marcarán la labor intelectual del aragonés (animadversión hacia la retórica y los modos discursivos del diecinueve; interferencias del narrador; titubeos intratextuales acerca de la naturaleza del proyecto; digresiones autorreferenciales)⁴⁹ y hasta la indefinición genérica que han padecido la mayoría de sus escritos.⁵⁰ No así el estilo, que es de un tardomodernismo hispánico fatigado,

48. «Toda vida verdaderamente tocada por el ascetismo se explica por la muerte. El problema mayor de este linaje de biografías radica, por tanto, más que en nada, en la preparación de ese minuto del tránsito en que los moribundos no pueden ya alterar las orientaciones de sus esfuerzos, en que los novelistas —ayudándolos a morir— no lograrían ya inventar un nuevo sistema de interpretación con que protegerlos. Por eso, el capítulo ejemplar de la *Vida de Sor Patrocinio [sic]* es, precisamente, el que describe la agonía de la religiosa», Torres Bodet, *art. cit.*, p. 288.

49. Solo a modo de ejemplo, véanse los siguientes extractos: «Es poca novela, si en ella se busca eso que llaman “emoción”, y sobre todo la emoción “pasional”. De eso hay poco en este libro. Un sacerdote —si quiere ser buen sacerdote— tendrá en su vida muy poca novela “suya”», p. 10; «El poeta ha de arrancarse muchos siglos de poemas, muchas primaveras de igual verdor, de cierta monótona belleza, para decir que una mañana de mayo, después de la misa del domingo [...], p. 94.

50. Fue titulada originalmente como «Novela». Y siguió así hasta el año de 1931, a partir del cual aparece calificada como «Biografía» (Domínguez Lasierra, *op. cit.*, p. 29). Por supuesto, no novela, ni *nouvelle*, ni tampoco biografía: más bien, aunque sin prescriptiva ortodoxia genérica, «semblanza». Un boceto biográfico que no tiene intención de ofrecer una reconstrucción íntegra, ni objetiva, sino muy personal e imprecisa respecto al espacio, a la cronología retratada y al propio personaje.

lejos del terso conceptualismo, luego cultivado.⁵¹ Pero lo que interesa a Jarnés —un Jarnés que ya en 1925 acudía a baños termales para aliviar sus dolencias reumáticas— es retratar la lucha diaria del hermano «con su pobre carne que se desmorona»,⁵² la práctica y ejercicio en la perfección espiritual, que lo pondrán más allá de las limitaciones del cuerpo, haciéndolo partícipe de lo divino.

Él [mosén Pedro] no se dejará llevar nunca por el ímpetu del viento que viene del mundo. [...] No temerá el calor del verano —ese estío pasional que consume tantas vidas—; ni el frío de la vejez que convierte en cenizas tantos corazones lejanos de Dios. [...] Él se mantendrá erguido en medio del turbión. No caerá, no desfallecerá, porque “todo lo puede en Aquel que le conforta”. (*Mosén*, 126)

La principal aspiración de esta *obrera* es, pues, la celebración de la victoria del espíritu —en progresiva escalada ascética— sobre la materia dúctil, verificada en el hermano. Y nos interesa reflejar este dato, porque, cinco años más tarde, en *Sor Patrocinio*, se narrará el mismo triunfo (aliñado con similares metáforas de orden meteorológico y entreverado con idéntica cita bíblica) si bien aquí, la enfermedad de la monja no es otra que el febril pulso vital de un siglo.

Sor Patrocinio arde siempre. Encerrada en sus tocas, es invulnerable al frío y al desdén. “Todo lo puede en Aquel que le conforta”. [...] Ha pasado por ella toda la historia de un siglo, zarandeándola, socavándola, envolviéndola en nieblas, lanzándole epigramas, anatemas, insultos... Sor Patrocinio, entretanto, ha ido creciendo en estatura, subida sobre un montón de cieno. (*Sor*, 191)

Habrán tenido que atravesarse todo la barbarie de una centuria negra; el biógrafo se habrá mofado de la aureola de santidad que «algunas almas piadosas» dibujaban sobre la testa de la joven; se habrán explicitado algunos afanes de caudillo, algún anhelo de perenne autoridad que dominaba en el

51. «[...] y yo, que gusté siempre de mirar vagamente las nubes, me quedaba extático contemplando la pomposa inundación de la hiedra y la viva sonrisa de las flores... ¡Me parecía ver un alma risueña, un alma vivaz, eterna, palpitando dentro de la carne despedazada del viejo torreón! Creía ver un pájaro inmortal anidando en los despojos del tiempo», p. 11.

52. Así resumía Jarnés el cometido de su amigo Rafael Barradas al pintar a su hermano Pedro. El cotexto es el siguiente: «Aunque hoy, al pintar a Mosén Pedro, ha saltado de gozo al ver que en el buen cura apenas hay que pintar más que un alma: un alma grande y sencilla que lucha diariamente con su pobre carne que se desmorona...», en «Luco de Jiloca», *Alfar*, 34 (noviembre de 1923), p. 8.

alma de la sor.⁵³ Pero, finalmente, el biógrafo habrá de reconocer que, tras la actividad turbulenta, tras la retórica y la escenificación hagiográfica, «queda solo su espíritu en pie, centinela de sí mismo, vigía de lo invisible, de lo infinito, de todas las negaciones, que son hoy para ella la única afirmación» (*Sor*, 202). Si Jarnés relata en *Mosén* la penosa ascensión del párroco hasta llegar a proclamarse «vencedor de sí mismo, en una batalla sorda con la propia carne dolorida» (*Mosén*, 119), utilizará la biografía para celebrar el mismo triunfo, alcanzado ahora por la controvertida concepcionista:

[...] en el límite de su vida, depurada por la contradicción, se perfila en su atalaya, entre sus pájaros, como una figura primitiva sobre un fondo primitivo. [...] Estrato a estrato, ha ido subiendo, subiendo, hasta rozar las nubes. Está ya Sor Patrocinio en el plano de los héroes. (*Sor*, 223)

Hay también en *Mosén* otra figura, que si no principal en la historia, sí nos descubre la familiaridad de Jarnés con estas vidas de entrega, introduciéndonos un aspecto que será capital en la narración de la monja milagrera, y aún en la producción intelectual del aragonés. Nos ayudará a iluminar las razones de la presencia de la religiosa en las páginas jarnesianas. Se trata de la hermana mayor del protagonista «mosén Pedro» que, un día, abandona el hogar familiar y el cuidado de los pequeños para internarse en un convento. Nunca más volvería Pedro a ver a la hermana, aunque su «sombra dulce y grave» se deslizará, tenue pero incesante, entre el grupo familiar. El momento de la huída se construye con ingredientes de ligera recriminación y tímida admiración vertical: «Aquella niña —tan audaz— ¿no forzaría un poco los caminos de Dios, trazándolos tan pronto?» (*Mosén*, 17).⁵⁴ Esta juvenil figura femenina — que atraviesa la narración en las evocaciones del narrador— tiene su apoyatura biográfica; también Jarnés tenía una hermana religiosa.⁵⁵ Pero

53. Ejemplo de esta actitud biográfica que recorre semánticamente todo el conjunto es el siguiente extracto: «Sor Patrocinio —la santa— está dispuesta a sufrirlo todo por el amor de Cristo, siempre que sea en terreno cálido, siempre que le rodeen gentes amigas, siempre que pueda regir en lugar de obedecer. Es mejor fundar que obedecer. “Que las religiosas —dice— sean las que yo elija”. Sor Patrocinio lo sufrirá todo por el amor de Cristo, pero entre la religiosas y el clima *que ella elija...*», p. 133.

54. Véase todo el capítulo II de *Mosén Pedro*, «Los corporales», donde da cuenta del suceso; especialmente, pp. 15-22.

55. A ella ha aludido en la carta referida. La hermana, conocida como «sor Dominica», era mayor que Pedro y Benjamín. Aparece en el conocido retrato fotográfico de la madre de Jarnés rodeada de los hijos que alcanzaron la mayoría de edad (siete, incluido Benjamín).

lo que nos interesa resaltar es —así lo cuenta en *Mosén*— el acento que pone el escritor en la ejecución, por parte de cada uno, de su programa vital, por encima de las tentaciones o los desfallecimientos, por encima de la familia y los queridos: la inflexibilidad de una vocación, más inquebrantable si el superior es un ser divino. Será la primera vez que lo veamos escrito, pero en Jarnés es ingrediente que llena todas sus ficciones. Su propia vida se construye en torno a esta dialéctica.⁵⁶ Y como sucede con la hermana de Pedro, con el mismo Pedro, también la niña Lolita — luego sor Patrocinio— inicia desde bien pronto su andadura en solitario. Va *caminando* su propio camino, cumpliendo su proyecto. El biógrafo —sorprendido en el revés de una burla por los vuelos nocturnos de la educanda— lo registra, asombrado:

Cartas falsificadas, piquetes de soldados, golpes, visitas intempestivas, declaraciones, congojas, impacencias. Llantos familiares, apremios del tentador... [...] Todo se derrumba ante la inquebrantable resistencia de la hermosa manchega [...] Resiste la borrasca. El amor humano resbala por ella. El conflicto doméstico resbala por ella. (*Sor*, 73)

Esta tenacidad de Lolita en seguir la senda que ella misma se ha trazado, provoca en el biógrafo la toma de conciencia del sujeto que tiene frente a sí, y de las potencialidades semánticas de su vida. En la lucha contra sí misma y contra la circunstancia encuentra la monja su radical heroísmo, y el biógrafo, su *tema*. «El tema es siempre transformado —de uno u otro modo— en confesión personal del autor, que es lo que debe interesarnos».⁵⁷ Y, efectivamente, esta isotopía semántica la volveremos a

Allí se indica el nombre del vástago y, si lo tienen, el oficio que desempeñan. Junto al apelativo del escritor, y bajo su imagen, se indica «sargento». En el caso de «Sor Dominicana», hay una abreviatura que no logramos descifrar. Quizá diga «Pauls» o «Paula», acaso refiriéndose a la orden religiosa a la que pertenecía (¿la «orden paulina»?). Esta hipótesis gana en sentido si confrontamos la inscripción con las siglas escritas bajo otro de los hermanos mayores de Benjamín: «Jesús Jarnés. Paul», que aparece retratado con sotana, y que podría ser el misionero mencionado en la carta a López Prudencio. La fotografía puede verse, con lograda resolución visual, en *Mosén Pedro*, p. xxviii.

56. El enfrentamiento con su padre, en el momento de mostrar el niño Jarnés su predilección por la escritura, y la admonición categórica del progenitor, es rememorado crudamente en sus «Años de aprendizaje y alegría»: «[...] aventuré la noticia de que en aquel año había sufrido yo una gran transformación: me había hecho poeta... Aún estoy viendo el brusco ademán de mi padre, de mi padre que hacía coplas y romances de ciego [...] Dijo, taxativamente, estas palabras: —En mi casa nadie escribe versos más que yo», recogido en Jarnés, *Autobiografía*, pp. 10-11.

57. *Límites y Lecturas*, Cuadernos Jarnesianos 10, Zaragoza, IFC, 1988, p. 6.

ver en la vida del atormentado Alejo, ya en las páginas que Jarnés entrega en 1928 a *Revista de Occidente*.⁵⁸ Otro antecedente de la beatífica sor Patrocinio, que hemos de considerar en la genealogía del texto.

«Hay que volver a la hagiografía, con el corazón intacto», escribía Francisco Ayala en 1927.⁵⁹ Y Jarnés responde con una socarrona crónica que tiene la santidad como «extraña norma vital» y como aparatosa construcción (*Alejo*, 142). También Alejo es la exhibición de la lucha del sujeto contra sí, una veloz huida de su yo propio para encontrarse a solas con la ansiada divinidad (*Alejo*, 153), salvando las curvaturas que lo desvían de su quehacer: «Alejo se deja empujar, empujar por dedos invisibles. Lo más suntuoso de Roma le circunda. [...] Se dejó empujar por sus padres, por Adriana, por el Papa, por el emperador» (*Alejo*, 146). Alejo será, como sor Patrocinio, otro héroe forjando su intimidad en la negación de lo inmediato, que concluirá, felizmente, en la sobrehumana altura de lo épico. En muchos aspectos, esta síntesis biográfica es eficaz prelude de los presupuestos desde los que se construirá la vida de sor Patrocinio. El montículo donde el biógrafo se sienta a contemplar los padecimientos del lozano santo, es el mismo emplazamiento elegido para narrar las llagas que le surgen a la educanda. El escepticismo metódico y el punto de vista irónico, instrumentos para narrar la historia y sus agentes, son los dos desinfectantes espirituales de lo *real*, premisas creadoras y compositivas, en la construcción de un santo y de una decimonónica abadesa. Este es el espacio intelectual propicio que permite a Jarnés volver del revés las historias para examinar sus entresijos, desmoronar las estructuras y echar a ver los cimientos, reactivar espiritualmente lo *serio* a través del libre juego del espíritu y el ingenio.⁶⁰ Jarnés, en todo y en siempre, pero en «Alejo» y en *Sor Patrocinio* muy especialmente, es «un magnífico humorista, capaz de ver las cosas desde la atalaya irónica, es decir, en su relativo y movedido

58. «Vida de San Alejo», *Revista de Occidente*, 65 (noviembre de 1928), pp. 129-170. En cuerpo de texto, lo citaremos como «Alejo», indicando el número de página del original. La versión hagiográfica de Alejo se publicará luego, ampliada notablemente, en la PEN Colección: *San Alejo*, Madrid, Ediciones Literatura, 1934. La crítica argentina Emilia de Zuleta ha estudiado las diferencias entre las dos versiones, *op. cit.*, pp. 82-90.

59. «Santa Teresa, doctora y fundadora», *Revista de Occidente*, 50 (agosto de 1927), p. 245.

60. Metido en tareas de biógrafo, estupendo estilete para la hermenéutica resulta en Jarnés el humor *inteligente*, a través del cual «se acercará —maquiavélico— a aquel mundo o mundillo y comenzará por volverlo del revés, por desmontarlo, por extenderlo sobre su mesa de operaciones, pieza a pieza...», en B. Jarnés, *Lecciones de Goya. Pintura de hombre y de niño. Quevedo, figura actual*, Cuadernos Jarnesianos 8, Zaragoza, IFC, 1988, p. 71.

valor humano».⁶¹ También en la sospechosa delicia que estremece la carne con el martirio, en la maravilla divina —el milagro— como acicate narrativo, o en las desventajas de la popularidad y el aclamo popular, quedan emparentados ambos caracteres.

La *fabulosa* vida de la Monja de las Llagas, y los presupuestos desde los que se levanta, no es, entonces, un suceso aislado, ni exótico, en la narrativa jarnesiana, sino que su génesis y sentido último viene adelantado por las entregas de *Mosén* y de *Alejo*, y por las cuartillas de *Claraval* y el *convidado*. Al fin, habrá encontrado en estas vidas de siervos la «voluptuosidad» de la que hablábamos al principio. El mismo Jarnés lo dejaría dicho por escrito: «Los más grandes voluptuosos nos aguardan en el claustro, en sus estudios, en sus retiros, asomados a un microscopio, frente al misal, acodados en un alféizar, en éxtasis ante el mundo».⁶²

3.2. Los imperativos de la *actualidad*

Mezclemos estos elementos con sus años de «serenidad claustral»,⁶³ donde pudo haber conocido el caso de sor Patrocinio, la persecución a la que se la sometió y el grito unánime de colectivos católicos para convertirla en santa (y, claro está, el contra-grito de algunos laicos progresistas que, sin cortapisas, la definían como farsante). Ya en estas fechas, en las que Benjamín aún se afana en la teología y en la retórica latina, sor Patrocinio se había convertido en símbolo controvertido, en debate de candente actualidad. Desde el siglo XIX venía levantando la curiosidad de los españoles. La polémica se avivaría significativamente cuando, en el mes de julio de 1907, se aprobó el Decreto de apertura del Proceso ordinario de la Causa de beatificación y canonización. La segunda década del siglo fue especialmente animada en lo que a la monja se refiere. «Y como es tema de actualidad el del proceso de beatificación de sor Patrocinio [...]», escribe un habitual colaborador de ABC en agosto de 1917.⁶⁴ Los periódicos registran los

61. *Lecciones de Goya. Pintura de hombre y de niño...*, p. 79. Es el mismo talante que emplea Lytton Strachey en sus *Victorianos eminentes*, aunque las dosis de socarronería del español exceden la comedida pasión fría del inglés. Ambos, no obstante, se sitúan a una conveniente distancia de la historia, evitando cualquier implicación emocional en las vidas, arrastrando la impasibilidad y el desapego ante hechos y actantes en el relato biográfico.

62. *Libro de Esther*, p. 140.

63. B. Jarnés, *Obra crítica*, p. 335.

64. La declaración corresponde al «señor Primat» quien, en la misma noticia, informa del hecho siguiente: «Y hay todavía en Madrid quienes recuerdan los escándalos de aquella

sucesivos y contradictorios informes que salían de Roma, aplaudiendo o recusando la santidad de la monja, y las consecuentes reacciones en la sociedad española: «De Roma ha venido la noticia de que va a ser beatificada la un día célebre, no solo en la corte y villa, sino en toda España, sor Patrocinio, que moró en la residencia conventual [...]»⁶⁵ El periódico madrileño ABC siguió, con especial celo, todos los pormenores del proceso de beatificación, llegando a crear un apartado específico que diera cuenta del estado de la cuestión concerniente a la religiosa de las Concepcionistas. El 14 de septiembre del año de 1917 se verificó la exhumación de su cadáver a fin de cumplir uno de los trámites del proceso informativo, según indica ABC, ocasionando un reguero de crónicas y columnas de opinión.⁶⁶ Algunos ejemplares retóricos de esta fauna ideológica los incorporará Jarnés, en tono de evidente burla, a su relato: «Sor Patrocinio es una roca viva ante el satánico oleaje. (No es frase de la época. Ni siquiera de la crónica piadosa. Es de un muestrario anónimo moderno.)» (*Sor*, 73).

En esta situación, podemos suponer que algo le cayese en gracia a Jarnés un condenado incapaz de pedir la voz ni la palabra. En la «Introducción» que escribe para su *definitiva* edición de *Viviana y Merlín*, la última que apareció en vida, nos topamos con unas palabras que son fácilmente aplicables al caso concreto de sor Patrocinio:

[...] a Viviana era preciso conocerla sin dudosos intermediarios, y nunca hubiera escrito la historia de esta pequeña parte de sus hazañas sin entenderme con ella personalmente. [...] Fue tan duramente fustigada por juglares y copistas, que enseguida pensé en alguna profunda y temible verdad servilmente escamoteada [...] una de las víctimas de estos hombres a sueldo del pasado fue Viviana.⁶⁷

época y el proceso que tanto dio que escribir y murmurar. En un corro del Retiro se evocaba anoche el recuerdo de sor Patrocinio. Llevaban la voz cantante dos mocetes que alcanzan felizmente estos tiempos, además de haber alcanzado los tormentosos del reinado de Isabel II [...], en ABC, 8 de agosto de 1917, p. 13.

65. *Ibidem*.

66. «Guadalajara, 14, 6 tarde. En el convento de las Concepcionistas se verificó hoy el acto de exhumar el cadáver de sor Patrocinio, conocida por “la monja de las llagas”, que falleció hace veintiséis años, y que tanta fama adquirió durante el reinado de doña Isabel II. [...] Los restos fueron expuestos en la iglesia, y un gentío inmenso desfiló antes ellos. Después fueron enterrados de nuevo en un sarcófago construido en el templo y rodeado de una magnífica verja, que se cerró, precintó y selló, consignándose así en el acta», en «Sor Patrocinio», ABC, 15 septiembre 1917, p. 15.

67. *Viviana y Merlín*, p. 103.

Verdades *escamoteadas*. No hay que desestimar, por tanto, cierto ribete de simpatía hacia la vapuleada monja. Un ángulo, por supuesto no apriorísticamente bondadoso, pero que reclama su derecho a no ser inflexible adversario o indulgente halagador. «Porque en el mundo de las artes y las letras», reflexionaba Jarnés, «está demasiado lleno: hay que escoger, y solo escoge bien la simpatía. El hombre busca al hombre».⁶⁸

Por otro lado, no eran únicamente las cuentas con la historia las que habían llevado a sor Patrocinio a la mesa de café del nuevo siglo. También la literatura la había enfocado con sus espejos del Callejón del Gato. Valle-Inclán había publicado, en 1927 y 1928, *La corte de los milagros* y *Viva mi dueño*, respectivamente, primeros volúmenes que irían a componer, en series de tres, su magno proyecto literario de *El ruedo ibérico*, crónica de unos cuantos malhadados meses de la España isabelina —sinécdoque de un gobierno y un pueblo distorsionados— relatada esperpénticamente.⁶⁹ Ya en la primera de las obras mencionadas, se acusa el perfil de la Madre Patrocinio en la corte de Isabel II, señalada como «monja milagrera» y astuta trapisondista política.⁷⁰ Sin embargo, será en *Viva mi dueño* donde la religiosa obtenga un primerísimo plano, presentándose como farsante, estrella de sensacionalistas milagros, y ducha intrigante, siempre cerca de Isabel y su cónyuge.⁷¹ La «Seráfica Patrocinio» como insiste, con evidente propósito burlesco, Valle-Inclán, emerge en escena como un personaje complejo y primitivo, que prospera en la oscuridad de la tramoya, y que está dotada de un confuso poder cautivador, capaz de trocar voluntades con sus ojos y sus suaves pianos. Una vida, sin duda, oscura, excéntrica y, en cierta medida, excepcional, por lo ambivalente de su figura y los éxitos conseguidos, que, siguiendo el gusto de otros biógrafos, pudo llamar también la atención de Jarnés.⁷² Además, la contraposición entre la

68. *Lecciones de Goya. Pintura de hombre y de niño...*, p. 69.

69. Antes de Valle, por supuesto, la monja gozaba ya de merecida fama *literaria*, gracias a su protagonismo en la última serie de los *Episodios Nacionales*. La etopeya de sor Patrocinio ahí ofrecida y la utilización, por parte de Jarnés, de episodios y atributos específicos incluidos por el autor canario, lo trato ampliamente en mi tesis doctoral.

70. Véase, *La corte de los milagros*, J. M. García de la Torre (ed.), Madrid, Espasa Calpe, 2007, p. 63.

71. Cf. *Viva mi dueño*, J. M. García de la Torre (ed.), Madrid, Espasa Calpe, 1993, especialmente pp. 144-152.

72. Marcel Schwob había argumentado, en el «Prefacio» a sus *Vidas imaginarias*, que el biógrafo había de escoger, preferentemente, las vidas de caracteres oscuros, inciertas para la historia, pues eran las más sugestivas. También Virginia Woolf estaba fascinada «with

extravagante etopeya ofrecida por Valle, y las voces extasiadas de los fieles pidiendo su canonización, contribuirían a aumentar el recelo intelectual de Jarnés, preguntándose por la verdad de aquella mujer, capaz de suscitar sentimientos tan contradictorios: «Santa o milagrera farsante; fundadora de conventos o intrigante en los más altos ámbitos del poder civil; codiciosa o limosnera; intensamente amada o criatura perseguida por el odio; venerada y perseguida [...]»⁷³ En definitiva, una existencia fascinante, henchida de aristas y claroscuros, en perpetuo combate con los nombres y las cosas del XIX.

3.3. El placer del enigma

La complejidad de sor Patrocinio, la imposibilidad de la reducción caracterológica, no arredra las intenciones del biógrafo, sino al contrario, lo estimula en su pesquisa y convierte su narrativa en una expedición hacia lo enigmático. En numerosos lugares de su bibliografía, especialmente tras el gozne abierto por los años treinta del pasado siglo, se lamenta Jarnés de la falta de auténticas personalidades en el horizonte contemporáneo, de individuos originales que carguen su inalienable verdad a cuestras, de intimidades forjadas en solitario: «Vivimos, buen lector, en una época nada fértil en hombres de vida interior, en marcha hacia mundos más altos, hacia lo elemental humano o hacia lo divino. Los hombres ya no luchan en busca de la perfección, con demonios interiores o exteriores».⁷⁴

La personalidad había sucumbido a los imperativos de la masa, simplificándose, vulgarizándose: estandarizándose. El hombre vivía de espaldas a su auténtico ser, por miedo a encontrarlo mediocre, refugiándose en la despersonalización que ofrecía el grupo. «Tiempos de masas, mala época para los individuos».⁷⁵ La esterilidad espiritual de los hombres

“obscure” and “eccentric” lives», una de las líneas más fecundas de escritura biográfica en la tradición inglesa. Véase, H. Lee, *Biography. A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2009, p. 80.

73 Ildefonso-Manuel Gil resume así el enmarañado perfil que ofrecía la monja sor Patrocinio cuando Jarnés se decidió a tomarla como sujeto de su primera biografía, en «Benjamín Jarnés, novelista y biógrafo», prólogo a su edición de *Sor Patrocinio. La monja de las llagas*, p. 14. Además, insiste en que la escritura biográfica jarnesiana fue, en un primer momento, «el deseo de cumplir un encargo editorial», y no la necesidad de realizar justicia histórica.

74. *Feria del libro*, p. 132.

75. *Límites y Lecturas*, p. 60.

de su presente, en la que el aragonés abunda, contribuye a iluminar la designación de sor Patrocinio y su conversión en contenido biográfico. Moralmente buena o moralmente mala, canónicamente santa o farsante, forjó su intimidad intensa, fecundamente, y tiene una lección para legar a los hombres del muy siglo xx: «Como hoy escasean estos hombres, es preciso buscarlos en la historia. Y traerlos hasta nosotros, bien iluminados por una meditada presentación. Ya que no tenemos almas heroicas, busquemos almas de enlace con los héroes que fueron».⁷⁶

Desplegados estos elementos sobre el tapete, puede entenderse que el caso «sor Patrocinio» tentara al ex-seminarista, pero sobre todo al brillante hermeneuta de la contemporaneidad, Benjamín Jarnés. El asunto contenía en germen todos los ingredientes para convertirlo en un acertijo intelectual que requería la crítica más sistemática y el análisis más microscópico, limpios ambos de pasión, a fin de poner algo de luz en los hechos. ¿Quién fue, en verdad, sor Patrocinio y cómo pudo ocasionar tantas semánticas dispares? Fiel a su personalidad, al «más arisco sistema de valores intelectuales que ha arribado nunca a la vida española»,⁷⁷ Jarnés se interesa ante todo por la forja de una categoría epistemológica. Opta por un caso, por una posibilidad de indagación filosófica, y no tanto por los juegos de poder, por la fascinación de capillas y cortes. «Sor Patrocinio» es, primero, un problema intelectual, una profunda verdad *escamoteada*: «Partidas carlistas, inquietudes, indecisiones, palos de ciego... que siempre alcanzan a Sor Patrocinio. ¿Cómo pudo ser cómplice de tan oscura maniobra? Y, si nunca lo ha sido, ¿cómo explicar tal ensañamiento? He aquí el problema» (*Sor*, 125).

Por ello, la biografía de sor Patrocinio no es el relato *anovelado* de la vida de una monja del xix español: ni puede —ni debe— leerse como novela.⁷⁸ Nada más lejos de las auténticas intenciones de Jarnés al levantar el andamiaje humano y echarlo a andar por la reciente historia española. En la casuística de la elección entrará en juego la querencia de Jarnés por el

76. *Feria del libro*, p. 133.

77. F. Ayala, «Paula y Paulita», *La Gaceta Literaria*, 66 (15 de septiembre de 1929), p. 5.

78. Aún hoy día, la biografía recibe *desmerecidos* elogios que no hacen más que situarla en un lugar apriorísticamente determinado. Por ejemplo, en la contraportada de la biografía, felizmente reeditada, de Chaves Nogales, *Juan Belmonte*, se usa como herramienta de publicidad las siguientes palabras de Javier Marías: «Una biografía que veo y leo como una novela», en Chaves Nogales, *Juan Belmonte, matador de toros*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2009.

ejercicio exegético: reinterpretar el pasado y a uno de sus agentes. Esto es, llegar a la síntesis semántica entre los perfiles difusos de una existencia, las idas y venidas, las interrogaciones y las negativas, trasmutando estos elementos heteróclitos en claves hermenéuticas que *explican* un ser en vida. Que explican una personalidad, y toda una cultura detrás. «Solo unos pocos hombres se detienen ante los erizados problemas del conocimiento, de la personalidad, del individuo, en fin. Solo unos pocos hombres». ⁷⁹ Sobra decir que Jarnés es uno de ellos.

4. CARTOGRAFÍA DE UNA VIDA

De aquí que toda vida pueda formularse como una precisa ecuación entre nuestra persona y nuestro tiempo [...] Esa figura sería lo que en serio debe ser una biografía. ⁸⁰

Jarnés elige, deliberada y conscientemente, a la Monja de las Llagas como protagonista en su tentativa de lo biográfico, y lo hace espoleado por todo aquello que habría de hacerlo desistir de su propósito: la hiperinflación textual que ocultaba a la figura y la necesidad que se sentía —que *él* sentía— de *posicionarse* ante el mismo hecho. Quiere creer que existe una parte aún oculta, virginal, en la intimidad de la religiosa, velada por la prioritaria pasión puesta en el juicio condenatorio. Confía en la existencia de una *verdad* original y a ello supedita su programa. La empresa representaba un riesgo, pero Jarnés es hombre seducido por el placer de la esfinge intelectual. Abrazar una bandera enemiga a fin de crecer en estatura y en tejido vital. Aspira a constituirse en esa inteligencia que, hasta ahora, no había sabido «atisbar al menos una parte externa de la vida de la Monja y deducir de ella los contornos de su vida interior» (*Sor*, 13).

Como atada a la cola de dos caballos salvajes y opuestos, la vida de *La Monja de las Llagas* es descuartizada por dos intemperantes biografías: la del pueblo y algunos astutos aduladores del pueblo, que vieron, solo vieron en ella, una farsante, una temible embaucadora; y la de la grey tradicionalista, la de los espíritus cerrados a piedra y lodo a toda serena crítica [...] (*Sor*, 13)

Esta es la situación *de facto* con la que se topa Jarnés: una figura hipersemantizada, cargada de contradictorias significaciones, donde la pasión

79. B. Jarnés, *Límites y Lecturas*, p. 60.

80. J. Ortega y Gasset, *Mirabeau o el político. Contreras o el aventurero. Vives o el intelectual*, Madrid, Revista de Occidente / Alianza Editorial, 1986, p. 125.

más encarnizada deambulaba a su gusto añadiendo detalles escabrosos al hipertexto.⁸¹ Más que suficiente para asustar a cualquier novelista que se propusiera, llanamente, *contar*. La persona de sor Patrocinio había sido tragada, decreto a decreto, chisme tras chisme, por todo el plantel de cómicos secundarios, que, en torno a su nombre, había inventado una bufonada hagiográfica o una astracanada conspirativa. A la anomalía llama el biógrafo en su relato la «cuestión Sor Patrocinio». «Cuestión» o «caso sor Patrocinio», con el sintagma venimos a referirnos a todo el ruido semántico que rodeaba y ocultaba a la religiosa: aquella farsa que panegiristas y vocingleros decimonónicos se inventaron a fin de encontrar un medio de llamar a las cosas que se escapaban a su entendimiento.

El «caso sor Patrocinio» es el primer cuerpo extraño puesto bajo el microscopio jarnesiano. De ahí y desde ahí tratará el biógrafo de rescatar entre los escombros denominativos a la persona «sor Patrocinio»: lo que pudiese haber de íntimo y auténtico tras un artefacto retórico, llevándola a su máxima potencialidad. El biógrafo tomará en serio a sor Patrocinio; tanto que, a esa aventura de descodificación, de honestidad intelectual con el personaje, con la historia anímica de un siglo y un país demediado, y, ante todo, consigo mismo como escritor, consagra parte de su biografía. En este sentido, el biógrafo realizaría escrupulosamente, según testimonio de Chacel, uno de los requerimientos que subyacían en la colección orteguiana:

[...] lo que no era dable o, por lo menos no se daba, era lograr la *confianza* en la verdad de una vida personal, tomar en serio a una criatura humana hasta el extremo de *vivirla*, de trasladarse a ella, de *serla*. [...] Así, pues, las “Vidas extraordinarias” [*sic*] fueron puestas ahí por Ortega para ver si alguien se encariñaba con ellas.⁸²

Reducidos al mínimo los contendientes exógenos, habrá de batirse el biógrafo mismo con la persona, con el «aparato de sentir, de desear, que es sor Patrocinio», para, finalmente, enfrenar a la concepcionista decimonónica contra sí misma, haciendo el balance de una vida. En esta última contracción, asumirán todo el protagonismo las doctrinas de Ortega referidas al «fondo insobornable», luego refundidas y sintéticamente formuladas en su capital ensayo «Pidiendo un Goethe desde dentro». Por lo tanto, el complejo

81. Todavía en el año de 1928 se escribía en el semanario *Blanco y Negro*: «Y en cuanto a la Monja de las Llagas. Ortega Rubio un día, Lema otro presumen exceso de pasión en la campaña que la tomó por blanco», en Félix de Llanos y Torrigli, «De Isabel II a Alfonso XII. La decepción de 1870», *Blanco y Negro*, 26 de febrero de 1928, p. 13.

82. «Advertencia», en Chacel, *Teresa*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 10.

proceso de hermenéutica vital sobre el *otro*, es la clave estructural-compositiva de esta biografía. Benjamín Jarnés se ha propuesto *entender* qué fue de la vida de una religiosa en el XIX español, lo que determina unas estrategias narrativas muy concretas: en su caso, la intromisión y apropiación de lo narrado, su presencia autocrítica en el texto comentando, sugiriendo y aclarando el significado de aquella acumulación de datos y anécdotas. Provocando la aquiescencia del lector. Toda una faena de *precisión* intelectual.

4.1. De ecuaciones y teoremas existenciales

Son, pues, tres los actantes de la aventura hermenéutica que dispone Jarnés: el «caso sor Patrocinio» (la construcción legendaria), la misma sor Patrocinio (aquel espíritu rudimentario; aquella alma alucinada: o, sin pudor ante las palabras, la persona) y el moderno intérprete, que actualiza una suerte de función mítica: descifrar el enigma que le plantean en una encrucijada de su vida. Tres actores que, siempre bullendo alrededor del enjambre, entran en relación jerárquica respecto a los otros en diferentes momentos del proceso indagador y del relato que del mismo leemos. Llegaremos a una síntesis; pero antes se ha de ir resolviendo ecuaciones.

«La vida de un hombre es, pues, una precisa ecuación entre su vocación y el mundo en derredor. [...] Es un teorema donde en vez de figuras geométricas se trata de dicha y desdicha», escribió Ortega.⁸³ Y así, la primera ecuación está dispuesta en dos movimientos. Por un lado, el examen de la dialéctica «“caso sor Patrocinio”–sor Patrocinio», iniciática intelección que Jarnés tiene del asunto: una representación y un *algo* probable de verdad detrás de la construcción. El biógrafo habrá de dejar constancia de tan peculiar circunstancia (a ello colabora esencialmente la «Nota preliminar») a fin de separar del estruendo la almendra existencial que fue la vida de una monja. Por otro lado, y a continuación, espoleado por el estado de la cuestión, el biógrafo llevará a cabo una confrontación personal, a cuerpo limpio, con la inversión axiológica: «“caso sor Patrocinio”–Jarnés». Acallar los gritos condenatorios y anular el delirio entusiástico para que el biógrafo se acerque a mirar a los ojos a la protagonista, despojada ya de todas las connotaciones añadidas, de su aureola de leyenda. De esta forma, la segunda ecuación será: «Jarnés–Sor Patrocinio». Solo, tras la purga y el discernimiento, puede el biógrafo tratar de reconstruir una personalidad.

83. *Obras Completas. Tomo V. 1932/1940*, p. 653.

Y al hacerlo, tendrá lugar la contorsión final, triunfante para la protagonista y triunfante también para el artífice: «sor Patrocinio—sor Patrocinio». De esto irá la biografía jarnesiana, indagar hasta qué punto sor Patrocinio conoció y fue leal a sor Patrocinio: por encima, o por debajo, de las sentencias de la historia, ¿fue lo que hubo de ser?

Tal resolución habrá de constituirse en la síntesis biográfica, aunque tratándose del siglo XIX, el rodeo, la paráfrasis, la redundancia en el itinerario vayan impl. Y, sobre todo, ha de observarse cómo, en el volumen biográfico de Jarnés, todo obedece a un sistemático programa de acción. Jarnés ha pensado rigurosamente esta vida. La ha reducido a un escrupuloso problema aritmético y ha procedido científicamente hasta dar con la clave. Ya lo subrayaba, semanas después de la publicación de *Sor Patrocinio*, un crítico de la plantilla de *ABC*, el innominado F. S—O.:

[...] nuestro sincero reconocimiento del mérito total del volumen de D. Benjamín Jarnés. No lo ha escrito a la ligera; hay en él materiales y estudio que evidencian una profunda preparación. En su género —ya lo insinuamos al comienzo— es de los libros que merecen la atención del público culto.⁸⁴

Frente al copioso caudal de datos, dispuestos de forma impersonal y acumulativa, que conformaban las relaciones biográficas del siglo XIX, Jarnés se impone la tarea de *traducir* lo que aparecía enmarañado y revuelto: descifrar lo que la realidad (sucesos, fechas, nombres, lugares, atributos, etc.) impudicamente exhibía. Es su propósito al embarcarse en el proceloso mundo de las *vidas* ajenas: el afán de clara y distinta percepción, y la exégesis sobre fenómenos y los hombres, tratando de *comprender*, sin albergar ningún sentimentalismo ni esperanza ante el contingente en bruto manejado. Sobre el texto vital *Sor Patrocinio*, se afanan el filósofo y el artista: el filósofo, *asociando*, y el artista, *subsumiendo* el material en forma. Toda la biografía está así enraizada en el espectacular ejercicio de traducción de lo caótico en lo aprehensible.

De esta forma, el discurso jarnesiano será todo lo contrario de las, popularmente conocidas, «biografías noveladas», que, al finalizar la tercera década del siglo XX, llegarían a empachar las ansias de un público ávido de veracidad y pintorescos detalles, y de las que aborrecía también Ortega.⁸⁵

84. «Crítica y noticias de libros», *ABC*, 19 de julio de 1929, p. 11.

85. «[...] biografía en el sentido actual del término, que es el que gusta al vulgo cultísimo o al vulgarísimo culto, lector de esas lamentables biografías noveladas [...]», en J. Ortega y Gasset, *Mirabeau o el político...*, p. 125. Contra la popularización epidémica de esta

Para ambos, la biografía habrá de ser lo opuesto a la acumulación secuencial de anécdotas.⁸⁶ «La biografía no es un recordatorio de fechas y sucesos, ni siquiera un catálogo de hazañas. La biografía es un dinamómetro», sentenció Jarnés en 1935, decepcionado ante las concreciones que obtuvo el género en nuestro país.⁸⁷ La norma vital del ejercicio biográfico habrá de ser la *traducción*. Tal fue el imperativo jarnesiano en *Sor Patrocinio*: «No demostrar, interpretar. Traducir lo que se ve, lo que todos ven confusamente. “Nada de la naturaleza me es indiferente” —decía Michelet, y todos debemos decirlo con él».

5. CONCLUSIONES

Si los temas, como apuntó Ortega y Gasset, tienen *biografía*, hay *biografías* que canalizan un tema o una constelación temática, señalando a su autor y la inexorabilidad de sus preguntas. Jarnés supo juntar en *Sor Patrocinio* la exploración sobre la construcción de la intimidad con una honesta exégesis sobre las vías para aproximarse a la misma, incluyendo los equívocos y los abismos entre el hombre que fue y lo que de él podemos conocer: entre la realidad y el constructo mítico. No solo actuará Jarnés como biógrafo en busca de la definición de su objeto, sino como sujeto que quiere también afirmarse como objeto. La *vida* de la Monja de las Llagas le sirve para volver a abordar los interrogantes que le apremiaban desde el seminario: examinar la intimidad —tanto desde el punto de vista de su cimentación y definitiva realización, como desde el de su exacta narrativización— latiendo en una circunstancia viciada. Se ha querido señalar, asimismo, la pertinencia de sor Patrocinio en el sistema crítico-creativo de Jarnés. Su biografía en crudo y el retrato de sus primeras figuras editoriales adelantan a la concepcionista y la insertan en una congruente cartografía de vidas extrañas al mundo y siempre afanadas en el ejercicio ascético.

Por otro lado, la elección de sor Patrocinio —un personaje transmutado en las representaciones que de ella circulaban— obedece a una poligé-

expresión estética, se manifestó, igualmente, Antonio Marichalar: «Aborrezco las biografías noveladas», en Riesgo y ventura..., p. 10.

86. Ortega: «[...] eso es lo esencial en una biografía, tomar una vida por su entraña y no por la superficie —entretenida, cuando es entretenida— de sus anécdotas», en Mirabeau o el político..., p. 117.

87. *Feria del libro*, p. 206.

nesis donde, difícilmente, se incluirían las potencialidades novelísticas que pudiese ofrecer la existencia de la concepcionista: Jarnés no seleccionó a la religiosa por la súbita percepción en ella de una existencia fácilmente *novelable*. Su decisión, por el contrario, responde a una fértil concepción del discurso biográfico, entendido como tarea hermenéutica y honesto empeño intelectual. Saber a qué atenerse respecto a una polémica religiosa del siglo XIX, significará también saber a qué atenerse respecto a la vida y sus dialécticas. Y respecto a la realidad española. La inversión ontológica que se había ejecutado con la religiosa era metonimia de una sociedad en profunda desorientación. El ejercicio arqueológico de Jarnés, tal y como ha sido planteado, proporciona un nuevo perfil desde el que mirar la crónica vital, voluntariamente alejado de las manidas fórmulas biográficas *novelizadas*, y debería servirnos para reinterpretar los discursos de vidas ejercitados por nuestros prosistas del «arte nuevo».